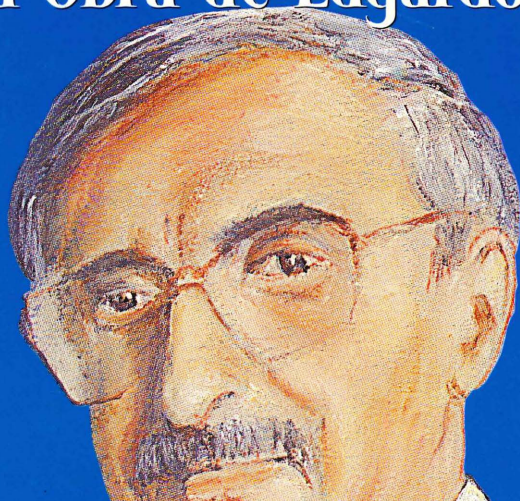


DE LO ANDINO A LO UNIVERSAL

La Obra de Edgardo Rivera Martínez



Capítulo 13



César Ferreira e Ismael P. Márquez, Editores

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

FONDO EDITORIAL 1999



Primera edición: marzo de 1999

Cubierta: Dixie Ann Márquez y Michael Steele

De lo andino a lo universal. La obra de Edgardo Rivera Martínez.

Copyright © 1999 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, Cuadra 18 San Miguel. Lima, Perú.
Telfs. 460-0872 - 460-2291 y 460-2872 Anexos 220 y 356

Derechos reservados

ISBN 9972-42-157-0

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

EDGARDO RIVERA: LA CONSAGRACIÓN DEL MITO

Ricardo González Vigil
Pontificia Universidad Católica del Perú

Es cierto que Edgardo Rivera (Jauja, 1935) ya había presentado, en 1963, *El Unicornio* (un volumen de cuatro cuentos escritos entre 1954 y 1959), pero sin resonancia alguna. *El Visitante* (Lima, Ediciones de la Clepsidra, 1974), y *Amaru*¹. Están destinados a concitar una respuesta diferente del lector, entre otras cosas porque transparentan una profunda maduración de los medios expresivos de Edgardo Rivera. Fascinados por la perfección formal de *Amaru*, nos centraremos en su comentario, aunque aludiendo a la restante producción de artista tan singular.

Amaru es un texto hermético, laberíntico, oscuro. Exige una interpretación atenta a sus varios niveles de sentido, que aproveche la mayor claridad con que las obras anteriores de Rivera entonan temas similares. Nuestro autor es bastante coherente: *Amaru* reitera, en forma espléndida, el mensaje de los relatos precedentes.

1 Creación y Crítica, No. 19. Lima, junio 1976. Entre el material incluido destaquemos las traducciones de poesía italiana hechas por Silva Santisteban y Sologuren y las "Cartas de amor" de César Moro.

Recordemos que el Amaru es una figura de la mitología andina, una serpiente que anuncia grandes trastornos y cambios (José María Arguedas ha expresado excelentemente esta condición legendaria del amaru en sus poemas y en *Todas las sangres*). En espera del momento indicado, esta sierpe mítica existe en estado latente, preparada para renacer nuevamente. Edgardo Rivera la relaciona con sus ascendentes asiáticos y registra su persistencia en la imaginación de los antiguos peruanos (Chavín, Pucará). La sitúa en un palacio clausurado frente a la Catedral del Cuzco, suscitando la confrontación entre el legado indígena y la arquitectura impuesta por los conquistadores (los templos españoles fueron erigidos sobre edificaciones incaicas). En la base más perdurable aunque sea por ahora pura latencia -pura inminencia-, se encuentra lo precolombino, factor dominante de nuestra nacionalidad particularmente encarecido por el cuento "Las candelas" de *El Unicornio*. La buscada tensión entre el amaru y la Catedral explica la profusión de términos vinculados, por un lado, a la serpiente legendaria (comparada con figuraciones europeas situada cerca a altares, a construcciones rituales: gárgola, querube) y, por otro, a la arquitectura colonial.

Sin embargo, esta simbología cultural no es lo más importante en el texto. Rivera le da mayor relevancia a otras oposiciones: las que distancian la experiencia mítica de la llamada civilización occidental. En *El Unicornio* y *El Visitante* hay una continua antítesis entre la inteligencia y el misterio, entre la razón y las fuerzas oscuras (instinto, sueño, mito), entre el presente histórico y el tiempo primigenio, entre la luz y las tinieblas (la noche, la niebla), entre la identidad (la individualidad) y la nada. El arte de Rivera consiste en descubrir o narrar la triunfal aparición -visita- del misterio, la derrota del confiado realismo y racionalismo de los hombres actuales. En *Amaru* no existen ni esta derrota ni ese triunfo porque tampoco transitan seres humanos; el personaje mítico -el misterio- actúa solo, en toda su desnudez. No hay pugna, sólo consagración del mito.

Explicemos ahora el papel trascendente que cumple la música en *Amaru*. Recordemos un pasaje de *El Visitante*: "abrigó la esperanza de sustraerme; aunque sólo por un instante, a la vigilia, a la lucidez im-

placable. Solamente la música puede procurarme esa engañosa esperanza. Sólo ella en virtud de su doble naturaleza. Pues es rigor; geometría, pero también, al mismo tiempo, encantamiento. Únicamente la primera de esas dos vertientes me es accesible, y, sin embargo, desde ella, desde la disposición que en mí suscita, puedo entrever, apenas entrever, en raras oportunidades, esta otra de magia y felicidad” (23). En *Amaru* contamos con dos experiencias relacionadas con la música; a través de esa experiencia mixta que es el canto (lenguaje y música): la primera experiencia es la de una partitura musical, que de algún modo escribe el *Amaru*, ya la segunda es la del campo de la naturaleza que el *Amaru* escucha. Es necesario reparar que, antes de que el *Amaru* asista a la canción de la tierra, la composición del atril era calificada sintomáticamente como “No música en verdad, sino matemática”. Teoría que se elevaba como un árbol de la simiente original. Variaciones que a su vez se convertían en temas secundarios. Claves, nervaduras. Ecuaciones. Así crecía, abstracta y pura, esa corriente”. En cambio, al recibir el mensaje de la naturaleza, accede a la plenitud mágica de la frase musical: “Y entonces, del valle de la puna, de los collados, se elevó un acento innominable (...) voz telúrica. Acallóse en fin y todo quedó en silencio. Era la tierra que había cantado *Amaru*. Habrás reconocido esa plenitud, ese extravío (...) probada estaba la vigencia del rito. Su continuidad exaltante (...). Una necesidad que demostraba, precisamente, el significado cósmico de lo que, de otro modo, no habría sido sino alternancia lúdica, descriptiva, entre un juego estupendo y las voces de la naturaleza”.

El mito y la magia musical comulgan con los misterios de la naturaleza y con el origen de las cosas. El canto (la poesía es canto) posee, en alguna medida, ese don. Por eso, no es mero virtuosismo el trabajo rítmico que Edgardo Rivera ha hecho con la prosa. *Amaru* es una partitura musical, un ejercicio poético en prosa. Es ese canto ritual que suscita -entrevé- momentáneamente la pureza del mito, de la existencia primordial. En nuestra literatura, únicamente Eguren (en sus *Motivos*) ha otorgado semejante magia a la palabra, a la frase, a la imaginación.

[“Suceso” de *Correo*, Lima, 25 de julio de 1976: 15-16]